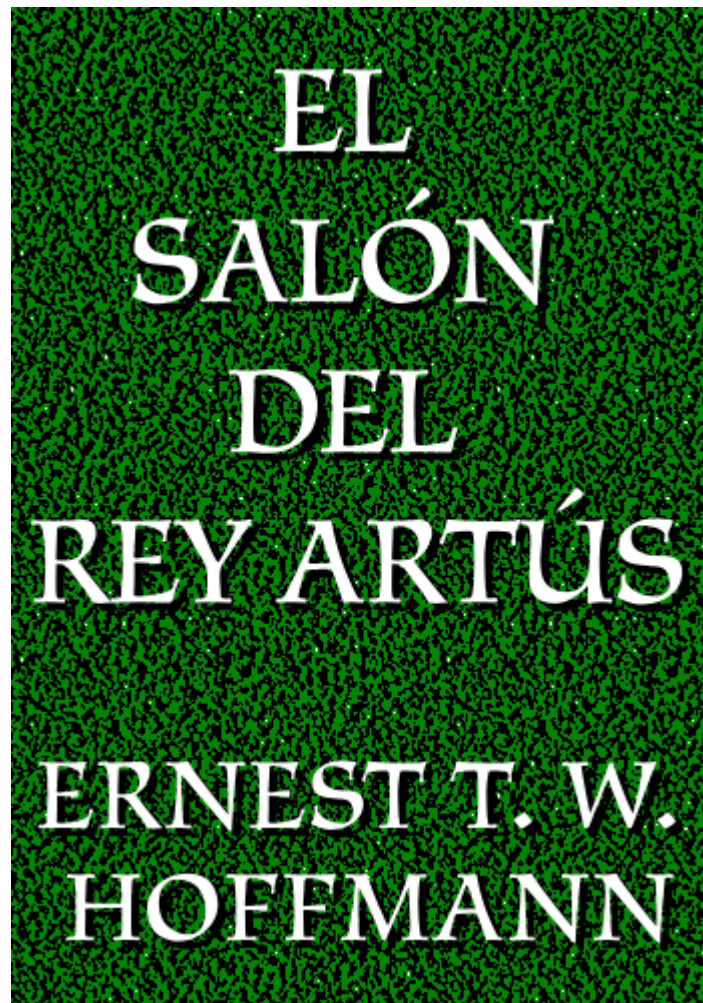


# **EL SALÓN DEL REY ARTÚS**

ERNEST THEODOR WILHELM HOFFMANN



Seguramente, querido lector, habrás oído hablar de la antigua y encantadora ciudad comercial de Danzig. Quizá conozcas las cosas dignas de verse que en ella se encuentran por las descripciones varias que abundan; pero lo que más me agradaría sería que hubiese estado en ella en tiempos remotos y hubieses visto la hermosa sala a que te quiero conducir ahora. Me refiero al salón del rey Artús. En las horas del mediodía agítanse en su recinto los hombres de negocios de todas las nacionalidades, y un murmullo ensordecedor resuena en sus ámbitos; pero cuando han transcurrido las horas de la Bolsa, cuando los negociantes están sentados junto a las mesas y sólo pululan por el salón algunos individuos que cruzan de una calle a otra de las dos a que sirve de pasaje, entonces debes visitar el salón del rey Artús siempre que estés en Danzig. La luz tamizada que penetra por las opacas ventanas da animación y vida a todos los cuadros y grabados con que están adornadas las paredes. Los ciervos, con sus cornamentas monstruosas, y otros animales fantásticos te miran con ojos brillantes, aunque tú apenas los puedas distinguir, y conforme se va acentuando la oscuridad tanto más siniestra te resultará la mesa de mármol que se halla en el centro. El gran cuadro que representa todos los vicios y las virtudes, con sus nombres inscritos junto a cada una de las figuras, parece un poco reñido con la moral, pues mientras las últimas están envueltas en una niebla gris que las hace poco menos que invisibles, los primeros tienen forma de mujeres hermosas ataviadas con lujo, que se adelantan sonrientes como tratando de seducirte con un dulce cuchicheo. Con satisfacción detienes la mirada en el friso estrecho que rodea casi todo el salón, y que representa milicias ricamente engalanadas de tiempos antiguos. Los nobles burgomaestres, con sus rostros de facciones enérgicas, cabalgan a la cabeza en hermosos caballos con arreos lujosos, y los timbaleros, los pífanos, los alabarderos los siguen en actitud tan viva que crees escuchar la música marcial y te figuras que ellos van a salirse por la gran ventana y a continuar su marcha por la plaza del mercado. Porque si quisiesen marcharse, no podrías por menos, querido lector, siendo como eres un dibujante experto, de tomar la pluma y la tinta y retratar aquellos nobles burgomaestres con sus lindos pajes. En las mesas de alrededor hay siempre papel, pluma y tinta, costeados por el servicio público; por tanto, a tu disposición tendrías los materiales y te atraería la tarea con fuerza irresistible.

A ti, amable lector, te estaría permitido esto; pero no al joven comerciante Traugott, que en un caso semejante encontróse en mil apuros y dificultades.

-Dé usted cuenta a nuestro amigo de Harburgo del estado del negocio, querido Traugott.

Esto dijo el comerciante Elías Roos, con el que estaba asociado Traugott y con cuya única hija, Cristina, quería casarse. Traugott encontró con dificultad un asiento en las mesas, rodeadas de gente; cogió una hoja de papel y se dispuso a comenzar un primor caligráfico. Cuando estaba pensando en el negocio sobre que tenía que escribir, levantó la vista. Quiso la casualidad que se hallase precisamente delante de una de las figuras del friso que le producían más impresión. Era un hombre muy serio, casi adusto, con barba negra y rizada y muy ricamente vestido; montaba un caballo negro, conducido de las riendas por un hermoso joven, que con sus rizos y su atavío más bien parecía una mujer. La figura y el rostro del hombre despertaban el terror de Traugott; pero el semblante del jovencuelo le producía un mundo de impresiones dulces. No lograba nunca apartar la vista de las dos figuras, y así le ocurría en aquel momento, en que en vez de mandar el aviso de Elías Roos a Harburgo permanecía contemplando el cuadro y emborronaba el papel sin saber lo que hacía. Debía de llevar algún tiempo en aquella actitud, cuando le tocaron en el hombro por detrás, y una voz ronca dijo: "Bien, muy bien, así me gusta; esto puede resultar." Traugott se volvió, despertando de su sueño, y quedó como herido por un rayo. El asombro, la admiración le dejaron mudo y mirando fijamente a la cara del hombre ceñudo pintado en la pared. Este era quien había pronunciado aquellas palabras, y junto a él hallábase el dulce y hermoso joven,

sonriéndole con una especie de amor indescriptible. "¿Sois vos?-exclamó Traugott contra su voluntad-. ¿Sois vos? Os quitaréis en seguida esa horrible capa y os quedaréis con el brillante atavío antiguo."

La muchedumbre se agitaba sin cesar, en el tumulto desaparecieron las dos figuras extrañas, y Traugott continuó con la carta de aviso en la mano, como si se hubiera convertido en estatua, hasta que hubieron transcurrido las horas de Bolsa con exceso y sólo cruzaba la sala alguna que otra persona. Al fin Traugott advirtió que Elías Roos, acompañado por dos caballeros desconocidos, se dirigía a su encuentro.

-¿Qué medita usted, si ya es mediodía, querido Traugott? -preguntó Elías Roos-. ¿Ha enviado usted el aviso que le encargué?

Distraído, alargóle Traugott la hoja de papel; pero Elías Roos se llevó las manos a la cabeza, golpeó el suelo con suavidad primero, luego con furia, y gritó con toda su voz, que resonó en el salón:

-¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡Garabatos!... ¡Estúpidos garabatos!... Querido Traugott..., yerno inútil..., asociado infiel... ¿Sois el demonio? El aviso, el aviso. ¡Dios mío! ¡El correo!

Elías Roos estaba a punto de ahogarse de indignación; los amigos se reían, mirando la hoja en que estaba el aviso, que, en verdad, no era muy útil que digamos. Inmediatamente después de las palabras: "Refiriéndonos a su grata del 20 del corriente", Traugott había dibujado los contornos de las dos figuras maravillosas: la del viejo y la de jovenzuelo. Los desconocidos trataron de tranquilizar a Elías Roos hablándole en tono afectuoso; pero él se tiraba de la redonda peluca, daba golpes en el suelo con su bastón de caña y gritaba:

-¡El hijo de Satanás!... Tiene que enviar una nota y se pone a pintar figuras. ¡Diez mil marcos me va a costar el negocio! ¡Diez mil marcos!... -repitió, soplándose los dedos.

-Tranquilícese, querido Roos -dijo, al fin, el más viejo de los amigos-. El correo ha salido ya; pero dentro de una hora va a partir para Harburgo un mensajero que envío yo, al cual se le puede dar la nota, y llegará más pronto que si hubiera ido por el correo corriente. -¡Hombre sin igual! -exclamó Roos, iluminándosele el rostro de alegría.

Traugott, que se había repuesto un poco de su confusión, trató de acercarse a la mesa con objeto de escribir la nota; pero Roos le separó violentamente, mirándole iracundo y murmurando entre dientes:

-No te necesito, hijo mío.

Mientras Elías escribía afanoso, el más viejo de los desconocidos acercóse a Traugott, que permanecía avergonzado, y le habló así:

-Me parece que no está usted colocando en el puesto que le corresponde, querido. A un verdadero comerciante no se le hubiera ocurrido ponerse a dibujar figuras en vez de escribir las notas que debía.

Traugott consideró aquellas palabras como un reproche bien merecido.

-Muy confuso respondió:

-¡Dios mío! ¡Las notas que habrá escrito esta mano sin que me haya ocurrido una cosa semejante a la de hoy! Estas malditas ideas no me dan sino raras veces.

-Amigo mío-continuó el desconocido-, no debe usted considerarlas como ideas malditas. Estoy seguro de que todas las notas comerciales no están tan bien hechas como estos dibujos, valientes y limpios. En ellos se ve el genio.

Al decir estas palabras el desconocido, le cogió de las manos la nota emborronada, la dobló cuidadosamente y se la guardó. Traugott quedóse muy satisfecho, pensando que había hecho algo que valía más que una nota comercial; sintió que en su interior se albergaba un espíritu superior; y cuando Elías Roos, después de terminar su escrito, se acercó a él y con

tono agrio le dijo: "Sus garabatos han estado a punto de costarme diez mil marcos", le respondió en voz más alta que de costumbre y con más energía:

-No se ponga así su señoría, porque si no, no vuelvo a escribir en mi vida una carta comercial y nos separaremos.

Elías Roos se colocó la peluca con ambas manos y, mirándole fijamente, le dijo:

-Mi querido asociado, amado hijo, ¿qué tonterías dices?

El amigo viejo intervino, y no necesitó hablar mucho para restablecer la paz, y todos juntos se dirigieron a casa de Roos, que tenía invitados a los dos desconocidos.

La joven Cristina recibió a los huéspedes muy compuesta y emperejilada, y en seguida comenzó a manejar con mano experta el pesado cucharón de plata.

Quisiera, amable lector, presentarte en efigie a los cinco personajes que están sentados a la mesa, aunque me temo que mis trazos no sean suficientemente claros y sí, desde luego, como es natural, muy inferiores a los empleados por Traugott en emborronar la malhadada nota. La comida, además, se acabará pronto, y la historia del animoso Traugott, que me he propuesto contarte, me atrae con fuerza irresistible.

Que Elías Roos lleva peluca ya lo sabes desde el principio, y no debo, por tanto, repetirlo. Por lo que le has oído hablar, además, puedes imaginarte a este hombrecillo rechoncho con su levita parda y chaleco y pantalones con botones dorados. De Traugott tengo mucho que decir, porque, aparte de que es su historia la que cuento, sobresale bastante por sí mismo. Si es cierto que el modo de pensar y de conducirse salen de dentro del individuo, modelando y formando su exterior, y que lo maravilloso no sirve sino para completar la armonía del conjunto, o sea lo que se llama carácter, espero que con mis palabras te imagines a Traugott como si lo tuvieras delante. Si no es así, entonces mi charla no habrá servido para nada y puedes considerar mi cuento como no contado.

Los dos caballeros desconocidos son tío y sobrino, un tiempo comerciantes, y al presente hombres de negocios, muy relacionados con Elías Roos por amistades y asuntos de interés. Viven en Königsberg, se visten a la inglesa, van acompañados de un criado inglés con botas de color de caoba, poseen un gran gusto artístico y son, sobre todo, gente muy bien educada. El tío tiene una galería artística y colecciona dibujos (*videatur* la nota robada). Ya no me resta, lector amable, sino presentarte en debida forma a Cristina, pues presumo que apenas si la recordarás, y, por tanto, no está de más que dibuje algunos de sus trazos más salientes, aunque luego desaparezcan. Imagínate, lector, una joven robusta de unos veintidós a veintitrés años, con una cara redonda, la nariz pequeña y un poco respingada y ojos azules claro, que sonrían amables y parece como si le quisieran decir a todo el mundo: "Me voy a casar pronto." Tiene además una piel blanquísima, el cabello demasiado rojizo, unos labios tentadores que forman una boca redonda y más bien grande, que cuando sonrío deja ver dos hileras de dientes perlinos.

Si la casa del vecino se incendia y las llamas llegan hasta su cuarto, se apresurará a dar de comer al canario, guardará la ropa limpia y luego seguramente se irá al escritorio a decir a su padre que su casa está ardiendo. Nunca le ha salido mal una tarta de almendras y siempre logra que espese la salsa blanca, porque jamás la mueve hacia la izquierda y siempre hacia la derecha, haciendo un círculo completo con la cuchara.

Mientras Elías Roos servía el último vaso de vino del Rhin al viejo Franz observé yo, como de pasada, que Cristinita quería mucho a Traugott al casarse con él; aunque, después de todo, yo no sé qué es lo que podría hacer si no se convertía en esposa de alguien.

Una vez terminada la comida, Elías Reos invitó a sus huéspedes a dar un paseo por las fortificaciones. Traugott, que aún se encontraba inquieto y emocionado por todo lo maravilloso que le sucediera en aquel día, habríase negado de buena gana a acompañarlos;

pero no lo logró, pues en el momento en que intentaba escurrirse, sin siquiera haber besado la mano de su novia, le cogió de la levita Elías Roos, diciéndole:

-Supongo, querido yerno, amable asociado, que no pensará usted en abandonarnos.

Y no tuvo más remedio que resignarse.

Un profesor de Física exponía la teoría de que en el mundo existe en alguna parte una máquina de electricidad, como en cualquier gabinete experimental, y que de ella salen invisibles hilos que se unen a la vida, los cuales nos rodean y nos envuelven lo mejor posible; pero en un momento dado los pisamos, y entonces los rayos y los choques llegan a nuestro interior, cambiando todo lo que existe en nosotros. Traugott debía de haber pisado los hilos invisibles en el instante en que, sin advertirlo, se puso a dibujar lo que tenía a la espalda, pues con la fuerza del rayo le estremeció la presencia de los desconocidos, y le pareció que en aquel preciso momento veía perfectamente claro lo que hasta entonces creyera sueño y suposición. El temor que le hizo enmudecer cuando le hablaron de las cosas que yacían escondidas en el fondo de su alma como un secreto sagrado desapareció por completo, y cuando el tío comenzó a denigrar las imágenes, medio pintadas, medio grabadas, del salón de Artús, considerándolas como faltas de gusto, y, sobre todo, calificó de extravagantes los cuadros de soldados, él sostuvo audazmente la opinión de que bien podía todo aquello no estar conforme con las reglas del buen gusto, pero que él encontraba muy bien hechas algunas de las figuras y aseguraba que en el salón de Artús se había abierto para él un mundo maravilloso y fantástico, y hasta algunas de sus figuras le habían dirigido miradas expresivas y la palabra, haciéndole desear el ser un maestro tan hábil y dibujar y grabar como aquellos cuyas obras tenía delante.

Elías Roos mostrábase más tonto que de costumbre mientras el joven pronunciaba tan sublimes palabras, y el tío le repuso con expresión maliciosa:

-De nuevo me asombra el que quiera ser comerciante y no se haya dedicado por entero al arte.

A Traugott le era aquel hombre profundamente antipático, y por esta razón decidió en el paseo acercarse al sobrino, que le parecía más amable y digno de confianza.

-¡Dios mío! -díjole éste-. No sabe lo que envidio su talento. ¡Si yo supiera dibujar como usted! Y no crea que me falta genio. He dibujado bastante bien ojos, y narices, y orejas, y hasta cabezas enteras; pero ¡los negocios!...

-Yo creía-repuso Traugott- que cuando se tiene verdadero genio y una afición decidida al arte no debía uno dedicar a otro negocio.

-¿Usted piensa ser artista? -preguntó el sobrino-. Parece imposible que diga usted eso. Mire, amigo mío, en estas cosas he reflexionado quizá más que nadie, y como soy entusiasta del arte he procurado profundizar en el asunto más de lo que me permitían las indicaciones que poseía.

El sobrino tomó un aspecto tan serio y pensativo al decir estas palabras, que Traugott sintió por él cierto respeto.

-Me dará usted la razón -continuó, después de tomar un polvo de rapé y estornudar dos veces-, me dará usted la razón si le digo que el arte entreteje de flores la vida. Alegrar y distraer de los negocios serios es la misión de todos los esfuerzos del arte, y tanto más lo conseguirá cuanto más perfectas sean sus producciones. En la misma vida se ve claramente este objeto, pues sólo los que se dedican al arte en esta forma disfrutan de la comodidad, que huye eternamente de aquellos que no advierten la verdadera naturaleza del asunto y consideran el arte como el objeto principal y único de su vida. Por tanto, amigo mío, no tome en serio los consejos de mi tío, con los cuales trata de distraerle de los negocios graves de la

vida para empujarlo a una ocupación que no tiene apoyo alguno, y, por consiguiente, tiene que ser insegura.

Aquí el sobrino se quedó callado, como si esperase que Traugott le respondiera algo; pero éste no sabía qué decir. Todo lo que el otro hablaba parecía una cosa tonta. Se contentó con preguntar:

-¿Qué es lo que usted quiere significar en definitiva con negocios serios?

El sobrino miróle un poco confuso.

-¡Dios mío! -exclamó al cabo-. Me concederá usted que hay que vivir, a lo cual rara vez llega el artista que hace del arte su única profesión.

Metióse en retorcidas frases y en una charla sin ton ni son. De ella venía a sacarse en consecuencia que él llamaba vivir a no tener preocupaciones, sino disponer de mucho dinero, comer y beber bien, tener una mujer bonita e hijos juiciosos que nunca se echasen una mancha de grasa en el traje dominguero.

A Traugott aquello le oprimió el corazón, y se consideró por demás dichosos cuando el sobrino se despidió de él y se halló solo en su cuarto. "¡Vaya una vida triste y digna de compasión la que yo llevo! En las hermosas mañanas doradas de primavera, cuando hasta en las calles oscuras de la ciudad sopla el viento tibio como si quisiera hablarnos en su susurro de todas las maravillas que brotan en el bosque y en la llanura, yo me deslizo indolente y de mal humor hacia el escritorio, lleno de humo, de Elías Roos. En él me encuentro con unos cuantos rostros pálidos, que se inclinan sobre informes pupitres, y sólo interrumpe el silencio tétrico en que todos parecen trabajar afanosos el ruidito de las hojas de los libros y el tintineo del dinero. ¿Y el trabajo? ¿Para qué tanto pensar y tanto escribir? Para que aumenten las monedas en las cajas, para que el tesoro maldito de Fafnir continúe luciendo y brillando eternamente. En cambio, ¡qué feliz el pintor o el escultor que puede salir alegre y con la cabeza alta disfrutar de todas las delicias de la primavera que brotan de lo profundo de la tierra, adquiriendo formas hermosas llenas de vida! De los oscuros arbustos emergen seres admirables, que conservan su espíritu y permanecen siendo parte suya, pues en ellos reside el secreto encanto de la luz, del color, de la forma, y así consigue aprisionar todo aquello que ve con los ojos de su inteligencia al representarlo con su arte. ¿Qué es lo que me detiene de soltarme de las ligaduras de esta vida odiosa? El anciano me ha asegurado que tengo vocación de artista, y aún más lo he comprendido en el apuesto joven. Aunque no me dijo una palabra, advertí en su mirada lo que yo anhelo interiormente, y que, sujeto por mil y mil dudas, no me he atrevido nunca a expresar. ¿No podía yo ser un pintor célebre, en vez de arrastrar esta vida triste?" Traugott sacó todo lo que dibujara y lo contempló con mirada escrutadora. Muchos de sus dibujos parecieronle distintos de cuando los hiciera, y desde luego mejores. Sobre todo se fijó en una hoja hecha en su niñez, en la cual aparecían desfigurados pero perfectamente visibles, los trazos del famoso burgomaestre con el hermoso paje, y recordaba muy bien que ya en aquella época estas figuras ejercían sobre él una influencia extraña, y que una vez, al oscurecer, arrastrado por una fuerza irresistible, huyó de los juegos infantiles y se encerró en el salón de Artús para copiarlas. Traugott sintióse acometido de una inquietud profunda y dolorosa al contemplar aquel dibujo. Tenía que ir a trabajar al escritorio un par de horas, como de costumbre; pero no le fue posible hacerlo, y se marchó a pasear a Karlsberg. Desde allí se dedicó a mirar al mar impetuoso; en las olas, en las nubes, que se agrupaban maravillosamente sobre Hola, trataba de adivinar, como si se reflejara en un espejo mágico, la suerte de su vida futura.

¿No crees tú, lector querido, que todo lo que viene a nosotros desde el reino elevado del amor se nos presenta primero como una impresión dolorosa? Esas son las dudas que atormentan el espíritu del artista. Advierte el ideal y siente la imposibilidad de alcanzarlo; ve

que huye de su lado, y le parece que ha de ser para siempre. Luego, sin embargo, recobra la esperanza, lucha denodadamente, y la desesperación se convierte en un anhelo dulce, que lo reconforta y lo anima a esforzarse por llegar al objeto amado, al cual ve cada momento más cerca, sin llegar a alcanzarlo nunca.

Traugott sintió que ese dolor sin esperanza lo invadía por completo. Cuando a la mañana siguiente volvió a mirar los dibujos, que se hallaban esparcidos sobre la mesa, parecieron insignificantes y nimios, y recordó las palabras de un artista amigo suyo, que solía decir que la mayor dificultad que había en el arte era que muchos tomaban por verdadera vocación lo que no era sino un impulso del momento.

Traugott no se hallaba en manera alguna inclinado a tomar por impulso del momento la impresión que en él producían las figuras del viejo y del joven del salón de Artús; maldijo de su suerte al tener que volver al escritorio, y trabajó con los demás dependientes de Elías Roos, sin parar mientes en el asco que de cuando en cuando le acometía, obligándole a salir corriendo al aire libre. Estos impulsos tomábalos Roos como síntomas de la enfermedad que, en su opinión, debía padecer el joven, y que se advertía en su palidez.

Transcurrió algún tiempo; llegó la feria de agosto de Danzig, a cuya terminación Traugott debía casarse con Cristina y anunciar públicamente su asociación con Elías Roos en los negocios. Aquella época era para él la renunciación a todas sus esperanzas y sueños, y le angustiaba sobremanera ver a Cristinita muy afanosa, que mandaba encerar y frotar los pisos, doblaba por sí misma las cortinas, y daba la última mano a la espetera de latón.

Un día, cuando mayor era la concurrencia en el salón de Artús, oyó Traugott una voz inmediatamente detrás de sí, cuyo metal conocido le impresionó mucho.

-¿Debía estar este papel en tan malas condiciones? Traugott se volvió con rapidez y vio, presumía, al admirable anciano, que se dirigía a un agente para vender un papel cuya cotización en aquel momento era muy baja. El hermoso mancebo permanecía detrás del anciano y miraba amable a Traugott. Éste se acercó al anciano, y le dijo:

-Permítame, señor mío: el papel que quiere usted vender está en este instante muy bajo, como usted ha dicho muy bien; pero la cotización ha de variar en sentido favorable en pocos días. Si quiere seguir mi consejo, guarde el papel algún tiempo, y no le pesará.

-Señor mío -repuso el anciano secamente y con aspereza-, ¿quién le mete en mis asuntos? ¿Sabe usted por ventura si en este momento el papel no me es absolutamente inútil, y, en cambio, necesito dinero contante y sonante?

Traugott, que se quedó un tanto desconcertado al ver que el anciano tomaba tan a mal su consejo desinteresado, trató de alejarse, cuando el joven le dirigió una mirada preñada de lágrimas.

-Lo he hecho con buena intención-respondió con presteza al anciano-, y no consentiré que sufra usted daños considerables. Véndame el papel, con la condición de que le abonaré la diferencia de cotización cuando suba dentro de pocos días.

-Es usted un hombre admirable -dijo el anciano-. Sea como usted quiere, aunque no comprendo su interés en enriquecerme.

Al pronunciar estas palabras echó una rápida mirada al joven, que, avergonzado, bajó la vista. Los dos siguieron a Traugott al escritorio, donde le entregaron al anciano el dinero, que, con expresión seria, se embolsó. Mientras tanto, el joven decía a Traugott en voz baja:

-¿No es usted el mismo que hace unos días hizo unos dibujos tan lindos en el salón de Artús? -Exactamente -respondió Traugott, sintiendo que el recuerdo del cómico incidente con la nota comercial le hacía subir los colores a la cara.

-Entonces -continuó el joven- no le sorprenderá...

El anciano miró iracundo al joven, que se calló inmediatamente. Traugott no podía reprimir cierta angustia en presencia de aquel desconocido, y así continuaron, sin que se atreviera a insinuar la más ligera averiguación sobre la vida y circunstancias de tales personajes. La presencia de ambas figuras tenía algo de prodigioso, que no escapó siquiera al personal del escritorio. El tétrico tenedor de libros se puso la pluma tras de la oreja y los codos apoyados en la mesa, contemplando al anciano con curiosidad.

-¡Dios me valga! -dijo cuando hubieron desaparecido los desconocidos-. Ese individuo, con su barba crespa y la capa negra, parece un retrato del año mil cuatrocientos, de los que hay en la iglesia de San Juan. El señor Roos lo consideró como un judío polaco, a pesar de su apostura noble y su rostro serio de alemán antiguo, y refunfuñó:

-Mala bestia: vende hoy el papel, y dentro de diez días valdrá un diez por ciento más.

Claro está que no sabía nada del trato hecho con Traugott, en virtud del cual éste había de pagarle de su bolsillo la diferencia, cosa que hizo efectivamente cuando, algunos días más tarde, volvió a encontrar al anciano con el jovencuelo en el salón de Artús.

-Mi hijo -díjole el anciano- me ha recordado que es usted artista, y por eso acepto lo que en otro caso hubiera rechazado.

Estaban junto a una de las cuatro columnas que sostienen la bóveda del salón, muy cerca de las figuras que un día pintara Traugott en la carta comercial. Sin reserva alguna habló Traugott de la semejanza asombrosa de aquellas figuras con el anciano y su acompañante. El anciano sonrió de manera enigmática, puso la mano sobre el hombro de Traugott y comenzó a decirle en voz baja y pensativo:

-¿No sabe usted que yo soy el pintor Godofredo Berklinger y que las figuras que tanto admira están pintadas por mí cuando aún era un aprendiz de artista? En el burgomaestre traté de retratarme de memoria, y el paje que conduce el caballo es mi hijo, de lo cual se convenirá fácilmente si se fija en ambos rostros.

Traugott enmudeció de asombro: comprendió que aquel anciano, que aseguraba ser el artista que doscientos años atrás realizara la obra que admiraban, padecía una locura rara.

-Era una época -continuó el anciano levantando la cabeza y mirando a uno y otro lado-, era una época próspera y brillante sobre toda ponderación cuando yo decoré este salón para honrar al rey Artús y a sus caballeros, pintando en él todos estos retratos. Hasta creo que fue el mismo rey Artús el que, una vez que estaba yo trabajando, se me presentó con toda pompa y me animó a que hiciera una obra más perfecta que todas las anteriores.

-Mi padre -interrumpió el joven- es un artista como hay pocos, señor mío, y estoy seguro de que no se ha de arrepentir si se digna ver sus obras.

Entre tanto el anciano había emprendido la marcha a través del salón, ya vacío, y ordenaba a su hijo que le siguiera, cuando Traugott le rogó que le permitiera ir a ver sus pinturas. El anciano lo miró con mirada penetrante y al fin exclamó muy serio:

-Es usted, en verdad, un poco temerario al intentar penetrar en el santuario sin haber llegado a la edad de aprender; pero... sea como usted quiere. Si no está usted en condiciones de ver, a lo menos podrá adivinar. Vaya usted mañana temprano a mi casa.

Indicóle su vivienda, y Traugott procuró al día siguiente desentenderse pronto de sus quehaceres para dirigirse apresurado a la calle retirada donde vivía el anciano. El joven, vestido a usanza antigua alemana, le abrió la puerta y le condujo a un aposento espacioso, donde se hallaba el anciano sentado en un taburete ante un lienzo enorme preparado en tono gris.

-Llega usted en un momento feliz -exclamó el anciano al ver a Traugott-amigo mío, pues precisamente acabo de dar la última pincelada en el gran cuadro en que llevo trabajando un año entero y que me ha costado no pocos esfuerzos. Es la pareja del gran cuadro que repre-



senta el Paraíso perdido, que terminé el año anterior, y que también puede usted ver. Este es, como usted ve, el Paraíso recuperado, y sería muy triste para usted y para mí si quisiera utilizar en él una alegoría. Los cuadros alegóricos no los hacen más que los débiles y los ignorantes. Mi cuadro no significa una cosa; es una cosa. Usted ve estos grupos apretados de hombres, animales, frutas, flores, piedras que se unen en un conjunto armónico, cuya música celeste es el acorde supremo de la eterna glorificación.

El anciano comenzó a describir los grupos aislados, llamando la atención de Traugott sobre la distribución de la luz y de la sombra, sobre los reflejos de las flores y de los metales, sobre las maravillosas figuras que emergían de los cálices de los lirios, sobre los hombres barbudos que, llenos de vigor y de juventud en sus miradas y en sus movimientos, parecía que conversaban con los animales más extraños.

La expresión del anciano hacía cada vez más fuerte, aunque menos comprensible.

-Deja que brille tu corona de diamantes, gran anciano -exclamó al fin, dirigiendo la vista centelleante al lienzo-. Quítate el velo de Isis que llevas sobre la cabeza cuando los profanos se acercan a ti. ¿Por qué aprietas contra el pecho con tanto cuidado tu sombría vestidura?... Quiero ver tu corazón... Esta es la piedra de la sabiduría, ante la cual se descubren todos los secretos... ¿No eres tú yo?... ¿Por qué te separas con tanta rapidez y tanto empeño de mi lado?... ¿Quieres luchar con tu maestro? ¿Crees que mi pecho puede pulverizar el rubí que llevas en el corazón?... Levántate..., sal..., ven aquí...; yo te he creado..., luego soy yo.

Al llegar a este punto, el anciano cayó al suelo como herido por un rayo. Traugott lo levantó; el joven acercó rápidamente una butaca y colocaron en ella al anciano, que se quedó como sumido en un profundo sueño.

-Voy a decirle a usted, querido señor-dijo él joven en voz baja y lentamente- lo que le ocurre a mi padre. La mala suerte le ha privado de sus facultades, y ya hace varios años que ha muerto para el arte, que era toda su vida. Se pasa los días enteros sentado delante del lienzo preparado, con la mirada fija en él; a eso llama pintar, y ya ha visto usted a qué extremos le lleva su exaltación. Además, está continuamente atormentado por una idea triste que me hace pasar una vida horrible; pero lo sobrellevo con paciencia, por considerarlo como una fatalidad que me ha arrastrado a mí, al tiempo que a él, a la desgracia. Si quiere usted distraerse de este mal rato, venga conmigo a ese otro aposento, donde podrá contemplar algunos cuadros de la época buena de mi padre.

Traugott quedó admirado al ver una serie de cuadros pintados con arreglo al estilo holandés, que parecían obra de los más reputados maestros. La mayoría eran cuadros de género; por ejemplo: una reunión de personas que, de regreso de la caza, se distraían haciendo música, y otras escenas por el mismo orden, las cuales denotaban un talento grande, siendo, sobre todo, la expresión de las cabezas de lo mejor que se puede admirar.

Ya se dirigía Traugott al salón grande cuando se fijó en un cuadro, ante el cual se quedó como petrificado. Representaba a una joven vestida a la antigua usanza alemana, y tenía absolutamente el mismo rostro del joven, con un poco más de color; también la estatura parecía más aventajada. Traugott sintióse estremecido de entusiasmo ante la contemplación de aquella hermosa mujer. El cuadro tenía la fuerza y la vida de una obra de Van Dyck. Los ojos, oscuros, miraban con arrobamiento a Traugott; los lindos labios, entreabiertos, parecía que susurraban dulces palabras.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -suspiró Traugott ¿Dónde, dónde la podré encontrar?

-Vámonos de aquí -repuso el joven.

Pero Traugott insistió, como loco de alegría:

-Sí, es ella, es la amada de mi corazón, la que llevo hace tanto tiempo grabada en el alma, la que presentía. ¿Dónde, dónde está?

Al joven Berklinger se le saltaron las lágrimas y mostróse muy conmovido y como luchando con un dolor intenso; por fin logró dominarse, y con tono firme dijo:

-Venga, venga; ése es el retrato de mi desgraciada hermana Felicitas, que ha desaparecido para siempre. Nunca la verá usted.

Casi sin darse cuenta hallóse Traugott en la habitación inmediata. El anciano estaba aún dormido; pero de repente despertó, y mirando a Traugott con mirada iracunda, exclamó:

-¿Qué quiere usted? ¿Qué quiere usted?

El joven adelantóse y recordó a su padre que aquel señor había ido a ver su cuadro. Berklinger se quedó como pensando en todo aquello, visiblemente muy débil, y al fin dijo con voz opaca:

-Amigo mío, perdone a un viejo esta falta de memoria.

-Su nuevo cuadro-comenzó a decir Traugott-es admirable, yo no he visto otro igual en mi vida, y se necesita mucho estudio y mucho trabajo para llegar a pintar una cosa parecida. Yo creo que tengo algunas condiciones artísticas, y le ruego encarecidamente, querido maestro, que me acepte como discípulo.

Al anciano le alegró sobremanera la proposición; abrazó a Traugott y le prometió ser su maestro fiel. Traugott, pues, fue a diario a casa del anciano pintor, e hizo grandes progresos en el arte. El negocio, en cambio, le gustaba cada día menos; lo abandonó tanto que Elías Roos se quejaba de él constantemente, y al fin vio con satisfacción que Traugott dejó por completo de asistir al escritorio, so pretexto de una enfermedad desconocida, la cual también le sirvió de achaque para aplazar indefinidamente su boda, con gran indignación de Cristina.

-Su amigo Traugott-díjole un día un compañero a Elías Roos-debe de tener alguna preocupación seria, quizá algún asunto de amor antiguo que querrá resolver antes de casarse. Está palidísimo y descompuesto.

-Estaría bueno -repuso Elías Roos; y luego de transcurrir un rato continuó:- ¿Por qué no le había de hacer una trastada la picaruela de Cristina? El tenedor de libros está enamorado como un burro y le aprieta y le besa la mano siempre que tiene ocasión. Traugott también está enamorado de mi hija, eso me consta... Quizá dándole celos... Voy a ver si le hago saltar.

Por más que hizo no pudo sacar nada en limpio, y al cabo de unos días dijo a su amigo:

-Ese Traugott es un homo de lo más raro, y no hay más remedio que dejarle con sus chifladuras. Si no tuviera en mi casa cincuenta mil duros, ya sabría yo lo que había de hacer con él.

Traugott hubiera sido completamente feliz con la vida que llevaba en las regiones del arte si su amor fogoso por la bella Felicitas, a la que veía con frecuencia en sueños, no le hubiese destrozado el corazón. El retrato desapareció. El anciano se lo llevó, y Traugott no podía preguntar por él sin exponerse a las iras del maestro. Por lo demás, el viejo Berklinger era cada vez más confiado, y consintió en que Traugott mejorase las condiciones de su pobre hogar en vez de pagarle honorarios por la enseñanza. Por el joven Berklinger supo Traugott que el anciano había sufrido un engaño manifiesto al vender un cuadro, y que aquel papel que Traugott cambió era parte del dinero recibido y su único patrimonio. Pocas veces podían hablar Traugott y el joven a solas, pues en cuanto el anciano los veía juntos procuraba interrumpir su conversación, llegando hasta tratar con dureza a su hijo. A Traugott le molestaba aquello, tanto más cuanto que quería entrañablemente al joven por su parecido con Felicitas. Había momentos en que le parecía que tenía junto a sí la imagen querida, que sentía el hálito dulce del amor, y de buena gana habría estrechado contra su corazón al joven, como si fuera la misma Felicitas.

Transcurrió el invierno; la primavera inundó de alegría montes y praderas. Elías Roos aconsejó a Traugott que se fuera a una cura de aguas o de régimen. Cristina volvió a

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

